Pido, pues, la indulgencia de críticos y lectores en aras del patriótico móvil que me ha impulsado á escribir y publicar este libro. ¡Ojalá y su lectura sirva de algo, y que también sirva de estímulo para que muchos vayan á conocer y admirar esa esplendente Guadalajara, que por el espacio de muchos años ha permanecido, si no del todo olvidada, sí por lo menos no tan presente, aunque valiosa perla, en el lejano confín del Occidente de la República!

EDUARDO A. GIBBON.

México, Marzo de 1893.

CAPITULO I.

LA CIUDAD-REINA.

ARRIBO, VAGANCIAS E IMPRESIONES.

CELAJE azul simbólico del cielo, colorido muy digno del Giotto y Tintoreto; aborregadas nubecillas de plata errando por el espacio como precursoras de las grandes nubes de la región torrencial. Campiñas adonde nacen las silvestres flores sin más besos que los del sol, ni más admiradores que los sencillos campesinos. Cristalinos arroyos murmurando sus quejas en voz baja; arbolado bellísimo y variado meciendo su ramaje agitado por el viento con toda esa libertad que el valle le otorga, con toda esa altivez que imparte la libertad á la naturaleza, esa fuerza libre que también es propiedad del hombre. Por todos lados el valle y la montaña, por doquier la riqueza en las entrañas de los montes y la tierra, en los campos, en las plantas y hasta en los libres pájaros del aire. Este es Jalisco, esta es en gran parte

la patria mexicana, grandioso Edén ignorado hasta de sus propios habitantes—pero que hoy día ya recorremos en alas de ese invencible explorador del mundo que se llama locomotora! Contemplaba el paisaje, pensaba en el pasado, en el presente y sentía todo lo antedicho junto á la ventanilla de un wagón del Ferrocarril Central, cuando serpenteando el tren por llanos y colinas se presentaba á mi vista en el fondo de un valle (cual Nereida del mar Ejeo saliendo de entre las ondas), esa bella Guadalajara, la ciudad Reina de Occidente. Sí, allí estaba.....la que tanto anhelaba por conocer. Las torres de su catedral destacándose con su forma caprichosa en esa atmósfera llena de luz como de nacar; las bellísimas cúpulas de sus templos y edificios, cual globos caídos del espacio, perdidos, suspendidos y semiocultos por el gran caserío de lá ciudad. ¡Qué impresión más bella para el viajero! En verdad que en mis largas vagancias por el mundo no conozco ciudad que ostente una catedral y un obispado que no valga la pena de mirarse. En donde hay catedral hay historia; en donde hay historia hay museo; en donde hay museo hay biblioteca; en donde hay biblioteca fuerza es que haya civilización. Y á fé mía que Guadalajara posee todo esto; es por eso que yo he venido á visitarla; por eso y por mucho más escribo estos apuntamientos nacidos de mis impresiones, grabados mientras viva, en mis recuerdos.

Pero el tren en su veloz carrera se ha enderezado al fin y tomando vía recta abandona las curvas para entrar por entre dos largos muros y penetrar casi hasta el corazón de la bella metrópoli.

—*¡Guadalajara! ¡Guadalajara!* anuncia con acento el conductor. La gran locomotora da un bramido, es su saludo á la ciudad; en seguida disminuye su fuerza como el relój que sin cuerda acaba por pararse poco á poco. Así lo verificó el tren hasta detenerse á la extremidad de la Estación. Salté al andén en medio de una multitud desconocida pero sonriente, aseada y llena de un colorido propio, eché de ver una fisonomía muy conocida: ¡la de un amigo de treinta años! ¿Sabeis, lector, lo que significa encontrase á un viejo amigo entre una muchedumbre estraña y en tierra ignorada? Pues es lo mismo que para el gambusino encontrarse el tan deseado tejo de oro entre un montón de arena en la dilatada playa de un río plagada de *buscones.*

Estamos en plena estación de ferrocarril americano. Amplia, llena de luz, bien ventilada; pilastras que no reconocen parentesco alguno con orden arquitectónico conocido, sosteniendo grandes tejados inclinados con armazón de esqueleto de hierro. Todo simbólico de la fuerza resistente; pero nada que revele que la ingeniería se hermana con el arte decorativo; pues si bien Sansón nos caracteriza la fuerza, también Vulcano, junto con la fuerza, enseñó al hombre el arte de elaborar los metales y con éstos produjo las maravillosas armas de Aquiles y de Eneas, el collar de Hermiones y el cetro de Agamémnon. No, el arte, no está de pleito con las grandes construcciones de la ingeniería moderna; por el contrario ya tiene su arte decorativo magestuoso y propio.

Pero hay que dejar todo esto atrás para irse con las maletas á otra parte. Cuando se está en pleno Guadalajara, hay que abrir los ojos para recrear la vista y dejar que lata el corazón con pulsaciones de expansión, con sentimientos de alegría. Salidos de la estación, adonde por ventura el despacho de los equipajes

se lleva á efecto con actividad, las impresiones de la ciudad son desde luego, gratas é interesantes. Las cúpulas y la gran torre del exconvento de San Francisco se destacan envueltas en sus propias sombras con su historia monástica pasada. En sus espesos muros pinta hoy la moderna civilización comercial y especuladora el aviso, el eterno aviso que se graba, hasta en las rocas, adonde anida el águila en la montaña, por donde atraviesan los ferrocarriles y desde adonde el viajero lee á su paso que el "Aceite de San Jacobo" es remedio infalible para el reuma; las píldoras de D. Fulano, para todas las enfermedades del hígado; el ungüento de D. Mengano, para curar radicalmente hasta los caballos! Todo eso está muy bueno, más lo que está muy malo en muchas partes, es que nos vengan los mutiladores del arte pegando sus avisos en la esquina de un edificio adonde el cincel del escultor ha esculpido una inspiración, adonde ha grabado en piedra un pensamiento conmemorativo, adonde se ha tratado de perpetuar un arte que habla en la piedra muda de una civilización ó de una historia humana. Porque las piedras en su mutismo hablan, como hablan las páginas de un libro; pero esto á la ignorancia le tiene sin cuidado; sin embargo, diremos, que en esta ciudad culta se prohibe con esmero todo lo que pueda afearla, todo aquello que en otras ciudades de nuestra República ofende la vista del transeunte y contribuye á la pública insalubridad. Por eso es tan grata esa primera impresión de Guadalajara, porque es por excelencia una ciudad aseada; y el aseo es precursor del arte en sus múltiples manifestaciones. Así pues, tras de tanta limpieza es consecuente tropezar con lo artístico, con lo singularmente bello, con la fuente y su agua cristalina, con el jarrón y la estátua de jardín, con los lindos

camellones de alfombrilla y pensamientos, con la elegante palma mecedora y el frondoso platanar. Con las torres flechando el espacio, con las cúpulas blancas, azules y amarillas, de lustrosa cerámica, rivalizando en color con en el arco-iris, dando imponente aspecto á la ciudad!

Pero decía, que las cúpulas y la gran torre del exconvento de San Francisco se destacan envueltas en sus propias sombras, con su historia monástica pasada, y como este es el primer templo que al salir de la estación en paso al centro observa el viajero, no estará por demás detenerse un rato para evocar frente á sus muros unos recuerdos. Yo no sé que haya una sola ciudad de importancia en el mundo cristiano adonde las huellas de la sandalia del monje franciscano no se dejen de ver hasta el presente. En verdad, que tan sólo en Inglaterra contaba esta orden en la época en que los decretos de Enrique VIII lanzaban al monje fuera de sus conventos, unos cincuenta y cinco monasterios y casas de asilos pertenecientes á ellos. No es, pues, indispensable ir hasta Umbría ó Florencia, la primera cuna de San Francisco el fundador de la órden, la segunda fuente sublime del arte religioso de su época; basta haber conocido la obra magna de esta orden monástica en nuestra misma patria, para comprender toda su importancia religiosa, artística y social. Es imposible hablar de un convento de San Francisco, en México, sin recordar al flamenco Fray Pedro de Gante, y á sus no menos notables compañeros, Fray Juan de Aora y Fray Juan de Tecto. Ellos fueron los primeros frailes Franciscanos que pisaron nuestro suelo, ellos los primeros y los mejores amigos de la indígena raza conquistada. A Fray Pedro de Gante

se debe el catecismo de la cristiana doctrina en mexicano; (*) á sus nobles esfuerzos la educación primaria de los indios; de entre aquellos espesos muros del monasterio Franciscano que guardaba siete templos, la civilización de Occidente se propagaba gratuita. La catedra abarcaba muchas ciencias, muchos conocimientos humanos; tras de la educación primaria vino la educación científica, y el arte europeo, la música, la pintura, la escultura, encontraron su centro en aquella institución monástica, como lo habían encontrado ya tres siglos más antes en otras partes del viejo mundo, en las abadías y los planteles de educación de esta gran órden religiosa. Orden que en medio su régimen austero, era propagadora de la enseñanza, protectora del arte, amiga de la industria y del trabajo.

Consecuentes con su programa civilizador aparecieron los frailes Franciscanos en la Nueva Galicia, hoy soberano y libre Estado de Jalisco, después que la conquista del terrible Nuño Beltrán de Guzmán había agregado á la Corona de España esta bellísima porción de la tierra mexicana. Como sus correligionarios de la capital del Nuevo Reino, no sólo levantaron en Guadalajara un soberbio monasterio con sus siete templos como los de México (templos que de los siete existen hoy tan sólo tres), sino que, no conformes con la obra del claustro y del gran templo, enriquecieron con otros hermosos edificios la ciudad. Frente á esos viejos muros de cerca de tres siglos de existencia, el amante á la historia y á la investigación tiene por fuerza que evocar los re-

(*) Este catecismo, traducción del célebre monje, se enseña en la actualidad en algunas escuelas de indígenas de Guadalajara.—N. B.

cuerdos y encontrar el origen de las cosas. Si Guadalajara tiene mucho de grande y de bello se lo debe á los trabajos de los franciscanos. El punto de arribo y de partida para el viajero lo es hoy: San Francisco, el primer templo, el primer claustro erigido en la ciudad. En época no muy remota este barrio, no tenía mayor importancia que el templo y el convento de San Francisco; pero hoy, es un centro importante. Aquí está la estación ferrocarrilera y al humo de la locomotora se junta el humo de tres fábricas, tan cerca de la estación, que casi forman parte de ella. ¡Qué hermoso es ver el viejo pasado con toda su gran historia y experiencia tendiéndole la mano al joven del presente con toda su palpitante vitalidad! Por un lado las antiguas cúpulas y torre del templo franciscano renegridas por las tempestades y el tiempo, ensimismadas guardando silenciosas la historia de tres siglos! Por el otro los nuevos muros de la estación, blancos como la nieve; la jadeante locomotora mensajera incansable del comercio, del correo, de la civilización moderna que nada oculta y todo lo propaga!

Ante estos contrastes, con estos pensamientos me apartaba de aquellos sitios adonde como llevo dicho el viejo pasado tiende la mano al joven del presente.

***

¿Qué cosa más grata para todo viajero á la entrada de una ciudad que encontrase de luego á luego con una plaza-jardín? El Eden, nos dice el Genésis fué el primer jardín plantado por Dios. En él colo-

có al primer hombre—á la primera mujer. El Dios hombre buscó el jardín para orar.... para sufrir en su agonía.... Eterno asilo de nidos, de pájaros, de amores, ha sido y será el jardín. Los poetas de Grecia y Roma buscaban la inspiración entre las flores. Epicureo y Platón daban cátedra en los jardines y más de tres siglos antes de la venida de Jesús, Teofrasto, el célebre botánico griego, escribió la historia de las plantas. Los monjes siempre han sido asíduos floricultores, y la ciudad antigua ó moderna se juzga hoy más ó menos salubre por el número de jardines públicos que posee. Guadalajara, la tierra de las flores, ostenta sus bellos jardines por doquier. El primero con que tropieza el viandante á su llegada es con el que frente á San Francisco se destaca frondoso y aromático. Antiguamente existía aquí una gran plaza, una de esas adonde en las grandes festividades de la Iglesia salían á luz las procesiones con toda aquella pompa tradicional de la Iglesia de Roma, con todo aquel esplendor que encuentra sus orígenes en el Paganismo.

Hoy, el culto católico es todo interno; así lo ha determinado la Reforma. Las grandes plazas ya no sirven ni para procesiones, ni aún para revistas militares, los jardines las han invadido pacificamente; adonde antiguamente se veía la procesión, la revista de tropas y se oía el estruendo del cañón, hoy no se ve sino el ciudadano tranquilo, sentado en un asiento de hierro escuchando los acordes de una banda de música, en medio de las flores, de las mariposas y el gorgeo de las aves. La ley de los contrastes es una vieja ley qne pertenece á todas las edades, que solo acaba con un siglo para empezar con otro.

Muy agradable es la impresión que causa la plaza-jardin de San Francisco, con su vejetación abundante y su cultivo. En el centro se ha comenzado á levantar un monumento á la memoria del desgraciado Gobernador del Estado, General Don Ramón Corona, cuya trágica muerte es bien conocida para repetirla en estas páginas. Perpetuar la memoria de los hombres ilustres y de los benefactores de un pueblo, es deber de toda nación culta y, aunque á nuestro país nunca se le ha ocultado esta verdad, hemos sido si no olvidadizos, sí por lo menos algo remisos en llevar á efecto muchos proyectos de monumentos y de eregir estátuas á los grandes hombres del pneblo mexicano. Cierto es que, en una nación como la nuestra, que por tan largo espacio de años ha tenido que pasar por tantas guerras y tantas vicisitudes, no era por cierto el arte escultural el que podía florecer entre nosotros. El arte necesita de la paz, como los pájaros necesitan del aire para poder volar, como los peces necesitan del agua para poder vivir. Nos pasa hoy, en nuestra escala, lo que pasó á la vieja Europa con el Renacimiento—hemos vuelto á nacer mecidos en la cuna de la paz—nuestro Renacimiento tiene por cousecuencia que traernos incalculables y trascendentales ventajas. La paz, ha hecho para México todo; por eso nuestros gobernantes ya se ocupan, hasta donde es posible, en perpetuar la memoria de los muertos ilustres, por medio del mármol y del bronce.

Si Cristóbal de Oñate, el verdadero fundador de esta ciudad, pudiera contemplarla en su estado actual, bien se puede decir que su sorpresa no encontraría límites. Hacía esta reflexión cuando pasando de la Plaza de San Francisco entraba por la calle de este mismo nombre y me recreaba con sus edificios de doble piso, sus elegantes tiendas de comercio con gran-

des aparadores de cristal ostentando los productos del arte y el comercio del mundo civilizado. Sus amplias tranvías cruzando por todas lados, cual blancos cisnes en tranquilas aguas; sus aseadas banquetas; su pueblo cortés, simpático y limpio. En el balcón ó en la ventana de los pisos bajos, muestras maravillosas de gracia y de belleza, de esa gracia y belleza tapatía que, cual la de Granada y de Sevilla son de reputación universal; pues como ha dicho ya un extranjero inteligente: que la belleza de las mujeres de esta tierra sobrepuja á la belleza de las mujeres de Shakespeare.

Así tan agradablemente impresionado llegaba al centro culto, artístico y pintoresco de esta Guadalajara, quiero decir: á los alegres portales, á la bellísima Plaza de Armas, destacando por un lado su monumental Catedral, como un coloso de ambar (*) labrado por la mano del arte—y por el otro, su palacio de Gobierno, con su magnífica entrada principal, cuya fachada respira arte arquitectónico español, severo é imponente como todas las concepciones de su género en el siglo XVII—extraña mezcla de diversos estilos, que trasplantó á la América el conquistador y con los que formó ese género de arquitectura especial conocido y definido por los sajones con el nombre de estilo *pseudo*-español.

Tocaban las campanas de los templos el *Angelus;* la hora misteriosa en que las sombras de la noche se suceden para apagar la luz del dia. ¡Cuán-

(*) Permitáseme esta metáfora: pero al ver por vez primera esta regia basílica, con sus torres, su cimborrio, sus muros, su habitación para el padre sacristan—todo de un color amarillo—bañado por la dorada luz del sol poniente, creí tener delante un *¡coloso de ambar!*

tos no la verían jamás! ¿Pero para qué evocar recuerdos de este género en la bella Guadalajara? ¿Acaso no están llenas de gente, de animación y vida, sus plazas, sus calles y portales? ¿Acaso no revela todo la presencia, el aspecto de una ciudad comercial, industrial y manufacturera de 90.000 habitantes? No se puede lamentar la desaparición del día en una población cual ésta que tiene en su centro una luz eléctrica tan buena. Además el trueno y el rayo cruzaban magestuosos el espacio, y el relámpago junto con la luz incandescente, se disputaban á porfía la iluminación de la ciudad más artísticamente bella que posee la República Mexicana. Había que huir de ese chubasco y buscar abrigo bajo de techo: recojer el pensamiento, dormir, soñar.... y esperar el despuntar del nuevo dia, para con él comenzar más vagancias y cosechar nuevas impresiones.